



## Curriculum vitae

Antonio Lastra

Umgekehrt ist an dem Philosophen ganz und gar nichts Unpersönliches  
FRIEDRICH NIETZSCHE

Creo que todos habremos experimentado, en más de una ocasión, la peculiar desazón de una persona esencialmente decente —no conozco a ningún ser humano que no lo sea, aun a pesar de sí mismo— cuando se expone a la vanidad de sus obras. Durante años, y en mi descargo diré que no siempre de manera deliberada por mi parte, se me ha fruncido el ceño cuando alguien ha leído en público el *curriculum vitae* que yo mismo había redactado y le he oído decir que Antonio Lastra es doctor en filosofía y profesor de enseñanza secundaria e investigador (iexterno!) de tal o cual universidad y que sus campos de trabajo preferentes son la ecología de la cultura, la traducción como *lingua franca*, la escritura constitucional, el problema teológico-político, la literatura inglesa y los estudios sobre cine o que su último libro es este o aquel... Nadie, ni siquiera con la mejor voluntad, puede cultivar todos esos “campos de trabajo” con una mínima competencia ni una destreza parecida, pero la música es agradable mientras suena y, como mucho, me he limitado a añadir a mi agradecimiento por la presentación que no soy más que un profesor de provincias, emulando con ello (en mi condición de estudioso del cine...) a Paul Biegler, el “humble country lawyer” de *Anatomía de un asesinato* de Otto Preminger —comparándome de paso con James Stewart—, o al abogado Settembrini, que se presenta así también en *La montaña mágica* de Thomas Mann y que, por dedicarse a muchas cosas (todas ellas admirables en sí mismas, como mis propios campos de trabajo), nunca llegó a ser un gran jurista.

Tampoco yo he llegado a ser un gran filósofo y haberme enfrentado a los Claude Dancer (el personaje irrepitiblemente interpretado por George C. Scott) o a los Naphta de este mundo (*pace* mi amigo Venancio Andreu, Lukács es para mí el autor de *El alma y las formas*) no me da derecho a un reconocimiento especial. (Como mero espectador, más aun que como estudioso del cine, querría sugerir que *Anatomía de un asesinato* no es un objeto de estudio ni un motivo de placer menor que *La montaña mágica*: la compleja inteligencia que hay detrás y delante de la cámara en esa película —desde la novela autobiográfica de John D. Voelker hasta la caracterización de Arthur O’Connell o la banda sonora de Duke Ellington— requiere una clase de percepción delicada y proporcional a sus logros que Adorno y Horkheimer, los compañeros de exilio de Mann en los Estados Unidos, reservaban para otras manifestaciones de la alta cultura y no quisieron o no supieron atribuirle al cine. Podríamos

preguntarnos si la literatura no ha corrido desde el principio —desde que el tirano Pisístrato encargó a una comisión de gramáticos que pusiera por escrito las epopeyas homéricas para las primeras Panatenaicas en el año 566 a. C.— un peligro mayor de convertirse en industria cultural o en *kitsch* o en propaganda.)

Pero en la filosofía, a diferencia de lo que ocurre en la ficción, nada puede ser impersonal. Lo que la filosofía le pide al filósofo a cambio de lo que le concede —y la filosofía le concede al ser humano todo cuanto un ser humano puede alcanzar sin dejar de ser humano, simplemente como ser humano— es la vida misma: las obras de un filósofo solo son el resultado de una forma de vida y esa forma de vida es, en realidad, lo único que importa. La desazón peculiar de un filósofo cuando contempla lo que ha hecho no es distinta a la desazón peculiar de una persona decente: no se trata solo de que las obras, para ser comprensibles, hayan tenido que borrar hasta la última superstición biográfica, sino de que una obra filosófica, por breve que sea —una reseña, un ensayo, una traducción o una ponencia, por mencionar los géneros con los que me he familiarizado—, no podrá ser nunca superior a la intención que la animaba y que debe estar en consonancia con el resto de propósitos. Igualar el pensamiento con la vida no es fácil, pero es la prueba de toque de la filosofía. De hecho, una obra filosófica sirve, sobre todo, como cualquier otro gesto inequívoco, para saber en qué medida se ha corroborado con ella el sentido de una vida o ha sido desmentido por una conducta convencional. La primera enseñanza de la filosofía consiste en saber lo que ha aprendido el filósofo, que no puede seguir viviendo como solía y para quien cada día encierra una oportunidad de asombro y, sin duda, de alegría. Si la ecología de la cultura, la traducción como *lingua franca*, la escritura constitucional, el problema teológico-político, la literatura inglesa o los estudios sobre cine son verdaderamente campos de trabajo para un filósofo, lo son porque el filósofo es el campo mismo que ha sido cultivado: la palabra “cultura” deja de ser metafórica cuando se comprende como una traducción (al latín primero y del latín a la lengua franca en la que se expresa la filosofía) de la intraducible palabra “filosofía”. La lengua o la tradición griega son aquí accidentales, no radicales. En otra tradición, cultura significa encarnación.

Presentarme como profesor de filosofía en lugar de como filósofo ha encontrado recientemente en la obra de William H. F. Altman un respaldo inesperado: su *Platón el maestro* nos ha recordado —de manera definitiva para mí, porque no creo que vaya a tener tiempo de ofrecer una alternativa a su escrupuloso orden de lectura de los diálogos platónicos— que la vida filosófica es impracticable fuera de la “casa vacía” de la educación. La frase con la que Calicles trata de burlarse de Sócrates por seguir practicando la filosofía una vez que la juventud ha quedado atrás (*Gorgias* 486 c) no es más efectiva que la frase con la que Platón el maestro presenta toda su obra, en la *Carta segunda*, como si la hubiera escrito un Sócrates joven y hermoso. Que Platón sea la hermosa juventud de Sócrates quiere decir que el maestro ha de presentarse a sí mismo como discípulo. (En otra tradición, Dios ha de presentarse a sí mismo como Hijo de Dios.) Que Platón el maestro sea Platón el discípulo es una fórmula más feliz que la que distingue —con una falsa humildad o con una falsa soberbia— al filósofo del profesor de filosofía o que la fórmula de Thoreau en *Walden* de la

que me he servido durante mucho tiempo y que dice que profesar la filosofía es admirable porque una vez fue admirable vivir la filosofía. No se puede vivir la filosofía sin profesar la filosofía. El número de filósofos no ha disminuido porque en la actualidad solo haya profesores de filosofía.

Pero la carrera de la vida no ha terminado. Por muy importantes que crea que son las enseñanzas que haya podido hacer mías y transmitir desde que en 1992 empecé a dar clases (de lengua y literatura españolas) y en 1993 publiqué mi primer artículo (sobre la devoción y la duda en Francisco Sánchez y sir Thomas Browne) o por lejos que crea haber llegado buscando el saber, queriendo saber, sigo pensando que el verso de Jorge Luis Borges: “Haber enseñado lo que no sé a quienes sabrán más que yo”, me define mucho mejor como profesor de filosofía y como filósofo que la última lección que haya impartido o estas mismas palabras que ahora escribo. Quienes sabrán más que yo escribirán un día la constitución europea prefigurada entre las líneas de las *Leyes* platónicas o de la *Declinación y caída del Imperio romano*; quienes sabrán más que yo volverán a plantear el problema teológico-político para que no encuentre nunca una solución final; quienes sabrán más que yo traducirán a la lengua franca de la filosofía la *República* de Platón siguiendo la necesidad logográfica en lugar de la libertad de expresión; quienes sabrán más que yo leerán la literatura inglesa que aún está por escribir y estudiarán y disfrutarán del cine puro que yo solo he entrevisto en algunas películas (muy pocas) inolvidables. No puedo evitar que tropiecen con el sofista, que no es nunca inofensivo, ni que los dioses de la ciudad les impongan sus crueles exacciones; acaso no deba evitarlo. En última instancia, que en el filósofo nada sea impersonal suscita menos la imitación que la uniformidad de una función: también ellos, quienes sabrán más que yo, sabrán ser filósofos en carne propia y querrán evitar el dialecto de su época y cualquier ortodoxia que no sea plena y sinceramente humana. Mi esperanza, como la de Sócrates (ἐλπίς, *República* 517 b), es que la idea del bien existe y nada de cuanto he aprendido, desde aquella lejana mañana en que empecé a leer la *República* por primera vez en los jardines de la Universidad de Valencia, me ha llevado a abandonar esa esperanza. Quienes entran en el bosque encantado de la filosofía no la abandonan nunca.